

Pero el general no conocía ni á Mad. de Marande ni al carruaje, lo que hizo que continuara rápida y alegremente su camino.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE PRUEBA QUE EL OÍDO NO ES EL SENTIDO
QUE MENOS VALE.

¿ Os acordáis, queridos lectores, de aquella preciosa habitacioncita toda forrada de persia, que en ciertas horas habitaba Mad. de Marande y en la que hemos tenido la indiscreción de haceros penetrar? Si alguna vez habéis estado enamorados, conservaréis todavía el recuerdo; y si estáis enamorados aún conservaréis el perfume. Pues bien, en esta habitación, en este nido, en esta capilla del amor, es donde vamos á introducirnos otra vez, sin que temamos desagradaros, enamorados presentes ó enamorados pasados.

Estamos en la tarde misma en que entró Mad. de Marande en París.

Usando Mad. de Marande del derecho que le había concedido su marido, y que éste no le ha retirado desde que la cartera de ministro de hacienda le cupo en suerte en la nueva combinación ministerial, halla amorosamente con nuestro amigo Juan Robert, el cual, sentado ó más bien de rodillas — ya hemos dicho que esta habitación era una capilla — delante de la divinidad del lugar, le cuenta una de sus largas y tiernas historias que tan bien cuentan todos los enamorados, que el oído de la mujer que ama no se cansa nunca de oír.

En el momento en que os introducimos en el santuario, Juan Robert ciñe con sus brazos la delicada y graciosa cintura de la joven, y, mirándola frente á frente, como si no fuera bastante leer en su rostro y como si quisiera leer hasta el fondo de su corazón le preguntó:

— ¿Cuál es, amor mío, según vuestra opinión, el sentido que menos vale?

— Todos los sentidos me parece que tienen igual valor, amigo mío, cuando estáis vos ahí.

— Gracias. Pero, sin embargo, no os parece que hay uno que vale más ó menos que otro, ¿ó unos que valen más ó menos que otros?

— Indudablemente; hay uno que no forma parte de los cinco sentidos, pero que yo misma he descubierto.

— ¿Cuál, querido Cristóbal Colón del país de la Ternura?

— Aquel que hace, cuando os espera amado mío, que ni vea, ni oiga, ni respire, ni sienta, ni toque: en una palabra, el sentido de la espera; ved ahí el que me parece de menos valor que los otros.

— ¿Me habéis pues, esperado verdaderamente?

— ¡Ingrato! ¿Acaso no os espero siempre?

— Querida Lidia, ¿si dijerais la verdad!

— ¡Bendito sea Dios, todavía lo duda!

— No, amor mío, no lo dudo, lo temo.

— ¿Y qué podéis temer?

— Lo que teme el hombre perfectamente dichoso, el hombre que no tiene nada que desear, nada que pedir al cielo, ni aun el mismo cielo. — ¡todo!

— Poeta, exclamó coquetamente Mad. de Marande rozando con sus labios la frente de Juan Robert, os acordáis de vuestro abuelo Juan Racine:

Temo á Dios, querido Abner, y no tengo otro temor.

— Pues bien, así es, temo á Dios y no tengo otro temor. Pero vos, ¿qué dios teméis, querido ángel mío?

— ¡Tú! repuso Mad. de Marande.

Juan Robert al oír esta agradable confesión, la estrechó más tiernamente aún.

— Yo, le respondió Juan Robert riendo, yo no sois más que vuestro apasionado; pero vuestro amante verdadero, vuestro Dios real, Lidia, es el mundo; y como á ese dios sacrificáis más de la mitad de vuestra vida, resulta de ahí que yo soy una de vuestras víctimas.

— ¡Perjuro! ¡renegado! ¡blasfemador! exclamó la joven retrocediendo. ¿Qué es pues, el mundo para mí, sin vos?

— Queréis decir, bella amiga: «¿Qué soy yo para vos sin el mundo?»

— ¡Persiste aún! dijo Mad. de Marande haciendo otro movimiento de retirada.

— Sí, amadísima mía, persisto; sí, creo que sois ultramundana, y que en una cuadrilla, en un vals, fascinada, transportada, entusiasmada, pensáis en mi como en uno de los átomos de polvo que levantan vuestros piesecitos de raso. Os agrada el vals, él realza vuestra hermosura y vos lo hacéis más hermoso aún. ¿Pero no es un suplicio horrible para mí ya el veros, ya el saber que os estrechan, jadeante, con los brazos, el cuello y las espaldas desnudas, en medio de veinte fatuos, de los que os burláis indudablemente, pero que os poseen con el pensamiento en el momento en que os entregáis á ellos.

— ¡Oh! continuad, continuad, repuso Mad. de Marande contemplándolo amorosamente; pues los celos del joven la entusiasmaban.

— Me encontráis injusto, tal vez egoísta, continuó, en efecto, Juan Robert. Os decis interiormente — me adelanto á vuestro pensamiento — que mis triunfos obtenidos en el teatro ó en la novela valen tanto, como distracción, á vuestros triunfos de *soirée*. ¡Ay! amiga mía, no es de ningún modo la virginidad de mi alma la que dejo ver al público, como vos le enseñáis, comprendéis, el tesoro virginal de vuestras espaldas; tal es mi pensamiento, mi reflexión, mi observación, mi estudio. El mundo me enseña sus heridas, y yo trato, si no de curarlas, al menos indicárselas á nuestros legisladores que son en la sociedad lo que los médicos son al cuerpo. Pero vos, Lidia, vos os abandonáis enteramente á la multitud. Las flores, las perlas, los rubís, los diamantes con que adornáis vuestro esbelto cuerpo son otras tantas piedras imantadas para atraer las miradas. ¿No os he visto diez veces preparándoos para el baile? Habría sido dicho que partíais á conquistar un reino. Jamás capitán embarcándose para guerrear, jamás Guillermo de Normandía en su nave, jamás Hernán Cortés quemando sus bajeles, prepararon mejor su plan de batalla, y hé ahí por qué persisto en dudar, á pesar de las pruebas inconmensurables que me dais de vuestro amor.

— Yo te amo, dijo Mad. de Marande atrayéndole hacia sí y abrazándole ardientemente. Ahí tienes mi respuesta.

— Sí, tu me amas, repuso el poeta, tú me amas mucho; pero en amor, *mucho* no significa ni aun bastante.

— Escucha, le dijo con gravedad Mad. de Marande, hablemos razonablemente; una golondrina no hace verano. ¿Crees tú que exista una mujer de mundo que disfrute de libertad igual á la mía?

— No, verdaderamente; pero...

— Déjame continuar y no me interrumpas. La razón es un pájaro salvaje, la sombra del ruido le espanta. Decía pues que, para una mujer casada, gozaba yo de la libertad más ilimitada de que puede disfrutar una mujer. Pues bien, en cambio de esta libertad, ¿sabes la única cosa que desea de mí mi marido? Nada más que ser un ama de casa agradable, una mujer de mundo á carta cabal. ¿Sabes lo que exige cuando llega? Un rostro alegre y complaciente que le haga olvidar sus guarismos y sus cálculos. ¿Sabes lo que exige cuando se va? Un apretón de manos fraternal que le haga comprender que deja una amiga en su casa. Yo me he dejado lanzar á velas desplegadas en ese océano que se llama mundo y he hecho cuanto he podido para navegar entre los escollos. Una tarde, á la luz de la luna, distinguí en el horizonte un hermoso país plateado cuyas flores llenas todas de estrellas me atraían. Entonces exclamé: « ¡Tierra! » atraqué, y poniendo el pie en la orilla, di gracias á Dios, porque encontré el país de mis sueños, y ese país estaba habitado por ti.

— ¡Oh, amor mio! ¡amor mio! murmuró Juan Robert abrazándola y sacudiendo la cabeza.

— Déjame acabar, dijo desviándole suavemente. Al encontrarme en ese hermoso país de mis sueños, mi primer pensamiento fué de no abandonarle; pero el Océano estaba allí: el ávido Océano que no quería absolutamente dejar su presa, como decís vosotros los poetas; me atraía; una ola de seda, de encajes y de raso me gritaba: « ¡vuelve entre nosotros, si no para siempre, al menos de vez en cuando, si quieres conservar tu libertad! Y cada vez que esa voz imperiosa me ha llamado, he vuelto á pagar mi tributo; lo pago llorando, pero es mi libertad la que compro. Hé ahí mi confesión, y la habré acabado cuando

diga á un poeta misántropo lo que dijo un poeta más misántropo que él: « Cuando se pertenece al mundo, hay que devolverle algunas exterioridades civiles que la costumbre exige; el perfecto razonamiento tiene horror á los extremos. »

— ¡Oh! cállate, ¡te amo, te amo! exclamó Juan Robert con pasión.

— Perfectamente, dijo dejándose abrazar sin devolver los besos que Juan Robert le daba, y como conservando aún contra él un poco de rencor. Pero, puesto que estamos conforme sobre esto, volvamos á nuestro punto de partida. Me preguntabais cuál era el sentido que menos vale, y os respondía, creándolo, por complaceros, que era el sentido de la espera. ¿Qué respondéis á esto?

— Nada, y continuaré diciendo nada, si continuáis llamándome de vos.

— Pues bien, te llamaré de tñ.

— Eso no es suficiente: cuando te he dirigido esa pregunta, colocabas tus labios en mi frente, y pensando en ese medio beso es cuando te preguntaba cuál era el sentido que menos vale, ó el que es menos útil, ó el más superfluo.

— Ante todo, pídemme perdón por haberme dicho que en el mundo me abandonaba á todos, y te absolveré.

— Con mucho gusto, pero con la condición de que tú me digas que abandonando el cuerpo, el pensamiento me pertenecía á mí.

Un estrecho abrazo fué la respuesta de la encantadora joven.

— Caramba, dijo Juan Robert, cuando te abrazo, te veo, te toco, te siento, te respiro, pero no te oigo, pues que mis labios están pegados á tus labios, y ninguna palabra podría expresar lo que experimento: por consiguiente, el oído es en esta circunstancia el que menos vale.

— No, no, dijo Mad. de Marande, no supongas semejante herejía: es un sentido que vale tanto como los otros, puesto que me permite oír tus queridas palabras.

Madame de Marande tenía razón en decir que el oído era un sentido que valía tanto como los otros. Añadiremos que en esta circunstancia iba á ser un sentido que valía más que los otros.

Efectivamente, al mismo tiempo que bromeaban, que se eniraban, que se abrazaban, nuestros dos enamorados no habían reparado — los enamorados no son perfectos — que de tiempo en tiempo la colgadura de la alcoba se movía como bajo el soplo de una puerta entreabierta.

Ahora bien, no había ninguna causa, aparente al menos, que produjese este movimiento, pues la puerta de la alcoba estaba herméticamente cerrada.

Solamente llamando en su ayuda el sentido de la vista y mirando detrás de las cortinas, era como nuestros enamorados podrían haber visto un hombre que, agachado entre la cama y la pared, hacía todos los esfuerzos imaginables para combatir los calambres que le causaba una posición molesta, y que sólo parecía conseguirlo medianamente.

Pero ocurrió que en el instante en que Juan Robert terminaba la discusión de los seis sentidos con seis besos, el hombre que estaba entre la cama y la pared, bien que los besos le causasen pesar ó bien que la posición en que se encontraba le pareciese excesivamente penosa, el hombre de entre la cama y la pared, decimos, arriesgó un movimiento que hizo pegar un salto á Mad. de Marande.

Juan Robert, queriendo probar hasta el fin su paradiója sobre el sentido del oído, no oyó ó aparentó no oír nada, pero viendo el estremecimiento de Mad. de Marande, le preguntó:

— ¿Qué tenéis, amor mío?

— ¿No has oído? dijo conmovida Mad. de Marande.

— No.

— Escucha, repuso inclinando el oído hacia el lado de la cama

Juan Robert puso atención; pero no oyendo nada, volvió á coger las manos de la joven y apoyó en ellas sus labios.

Un beso es una música, cien besos es una sinfonía. La bóveda de la capilla retumbaba con mil besos.

Pero si la razón es un pájaro fácil de espantar, como no hace mucho lo decía Mad. de Marande, el ángel de los besos se espanta con mucha más facilidad.

El ruido que había hecho estremecer á la joven llegó otra vez á sus oídos, y esta vez le hizo lanzar un grito.

Juan Robert había oído esta vez, y levantándose de un brinco se dirigió rectamente á la cama, de donde el ruido parecía venir.

En el momento en que se lanzaba la cortina se movió con más fuerza. Del primer brinco se colocó sobre la cama; del segundo saltó al otro lado y se encontró cara á cara con Mr. Loredán de Valgeneuse.

— ¿Vos aquí? exclamó Juan Robert.

Madame de Marande se levantó temblando. En su inmensa admiración reconoció á su vez al joven que había ya reconocido Juan Robert.

Recordemos las recomendaciones paternas que Mr. de Marande había hecho á su mujer con motivo de monseñor Coletti y Mr. de Valgeneuse; tanto cuanto el joven poeta le parecía honrado aun en asuntos amorosos, otro tanto le parecía comprometedores y peligrosos el obispo y el pervertido calavera. Había advertido caritativamente sobre este punto á Mad. de Marande; y la joven al preguntarle su

marido: «¿Os agrada?» había respondido: «Me es completamente indiferente.»

Recuérdese también que en el capítulo titulado *Conversaciones conyugales*, el banquero había dicho al hablar de Mr. Loredán de Valgeneuse:

«Con respecto á sus conquistas, parece que se hallan limitadas á las mujeres de mundo, y que cuando se dirige á las que llaman sencillamente hijas del pueblo, á pesar de la asistencia generosa que en estas circunstancias le presta á su hermano la señorita Valgeneuse, se ve á veces obligado á emplear la violencia.»

Y con efecto, recordaremos la parte que la señorita Susana de Valgeneuse había tomado en el rapto de la novia de Justino.

Vamos á ver que la complaciente hermana no prestaba solamente su concurso para los raptos de las hijas del pueblo.

Tenia la señorita de Valgeneuse una doncella alta y preciosa joven, que ya hemos visto abriendo á Juan Robert la puerta del palomar de Mad. de Marande.

Esta joven llamada Natalia, le era completamente adicta.

Pues bien, una tarde que Mr. de Valgeneuse había participado á su hermana el amor que sentía por Mad. de Marande, la señorita Susana había buscado una ocasión para colocar cerca de la mujer del banquero una persona que pudiese, cuando se presentase la ocasión, introducir á Mr. de Valgeneuse en la plaza.

Habíase presentado esta ocasión. De regreso de los baños, Mad. de Marande había buscado por todas partes una doncella, y la señorita de Valgeneuse le había ofrecido generosamente la suya.

Era esta Natalia.

Generalmente se ignora el poder que ejercen las doncellas en el ánimo de sus señoras. Natalia no peinaba uno de los cabellos de Mad. de Marande sin contarle alguno de los altos hechos de Mr. de Valgeneuse. Mad. de Marande que tenía á esta doncella por conducto de la hermana del héroe de tantas proesas amorosas, no se admiraba de oír decir tanto bien, y no veía más que el reconocimiento, precisamente donde había, por el contrario, instigación premeditada.

Pero, por las escenas precedentes, y principalmente por la que acabamos de poner á la vista del lector, conocemos el amor real y verdadero que Mad. de Marande profesaba á Juan Robert, é inútil es decir que las alabanzas de la doncella Natalia no ejercían ninguna influencia en ella.

Aquella tarde, impulsado Mr. de Valgeneuse por la indiferencia de Mad. de Marande, había resuelto poner en práctica uno de esos actos audaces que suelen tener buen éxito. Natalia lo había ocultado en la alcoba, y desde hacia dos horas estaba allí oyendo las bromas amorosas de Juan Robert y de Mad. de Marande, cuando ésta oyó el ruido que la hizo sobresaltar.

Indudablemente, si hay un suplicio mayor que el de no ser amado, es el de estar cierto que el corazón amado indiferente para el que ama, no lo es para los demás.

Este suplicio se convierte en tormento cuando se oyen estas crueles palabras dirigidas á otro entre dos besos: «¿Te amo!»

En el primer momento Mr. de Valgeneuse tuvo la idea de presentarse de repente á los dos enamorados como la cabeza de Medusa.

¿Pero de qué serviría esta aparición?

De un desafío entre Juan Robert y Mr. de Valgeneuse.

Pues bien, suponiendo para el gentilhomme la mejor suerte, la de que matase al poeta, la muerte de Juan Robert no era un medio para hacerse amar de Madama de Marande.

Mientras que por el contrario, venir al otro día y decirle á la joven: « He pasado la tarde oculto tras de las cortinas de la alcoba, todo lo he visto, todo lo he oído, comprad mi discreción á tal precio, » dejaba la probabilidad de que Mad. de Marande, asustada por su amante ó por su marido, concediese á la amenaza lo que rehusaba tan obstinadamente á las tiernas instancias.

Esto fué lo que determinó Mr. de Valgeneuse. No pensó pues, sino en retirarse, habiendo visto y oído todo lo que habia que ver y oír; pero no se retira uno fácilmente de entre la cama y la pared, y aun cuando se quiera marchar á paso de lobo, cuando se llevan botas de charol crujen éstas, las cortinas se mueven, y el ruido y el movimiento turban el silencio armonioso de una escena de amor.

Tal fué lo que sucedió: Mr. de Valgeneuse al querer retirarse habia hecho crujir el pavimento de madera y mover las cortinas.

Al lanzarse pues, Juan Robert y reconocer al joven gentilhomme, exclamó: « ¿ Vos aquí? »

— ¡ Si, yo ! respondió Mr. de Valgeneuse quien, al verse frente á un hombre y, por consiguiente en peligro, se enderezó orgullosamente.

— ¡ Miserable ! dijo Juan Robert agarrándole por la garganta.

— Bajad la voz, señor poeta; dijo Mr. de Valgeneuse, hay en la casa, á algunos pasos de nosotros quizás, una tercera persona interesada que podría muy bien oír nuestra discusión, lo que probablemente disgustaría á la señora.

— ¡ Infame ! dijo en voz baja Juan Robert.

— Os digo por segunda vez que habléis bajo, repitió Mr. de Valgeneuse.

— ¡ Oh ! que hable bajo ó alto, dijo Juan Robert, os mataré.

— Estamos en el aposento de una mujer, caballero.

— Entonces salgamos de aquí.

— ¡ Es inútil ! nada de escándalo. Sabéis dónde vivo ; no es verdad ? Si lo olvidáis, yo os lo recordaré ; estoy á vuestra disposición.

— ¡ Y por qué no en seguida ?

— ¡ Oh ! ; en seguida ! la noche está obscura y es preciso ver claro para hacer bien lo que se hace ; y además reparad que Mad. de Marande se encuentra indispuesta.

Con efecto, la joven habia caído sobre un sillón.

— ¡ Pues bien, caballero, hasta mañana ! dijo Juan Robert.

— Hasta mañana, señor, y con mucho gusto.

Juan Robert volvió á saltar la cama, y se arrojó á los pies de Mad. de Marande.

Mr. Loredán de Valgeneuse se lanzó al corredor por la puerta de la alcoba, que cerró tras sí.

— ¡ Perdón, perdón, mi muy amada Lidia ! dijo Juan Robert abrazando á la joven y besándola repetidas veces.

— ¡ Y qué puedo perdonarte ? preguntó la joven ; ¿ qué crimen has cometido ?... ¡ Oh ! ; cómo se hallaba ahí ese hombre ?

— Tranquilízate, ; no le verás más ! exclamó energicamente Juan Robert.

— ¡ Oh ! amadisimo mio, dijo la pobre mujer estrechando al poeta contra su corazón, no expongas tu preciosa vida contra la vida inútil de ese facineroso.

— No temas nada, no temas nada... ¡Dios está con nosotros!

— No es eso lo que yo deseo; vas á jurarme, amigo mío, que no te batirás con ese hombre.

— ¿Cómo quieres que haga semejante juramento?

— Si me amas, júralo.

— ¡Pero eso es imposible, no lo comprendes! exclamó Juan Robert.

— Entonces no me amas, replicó Mad. de Marande.

— ¡Que no te amo! ¡Oh, Dios mío!

— Amigo mío, dijo Mad. de Marande, me parece que voy á morir.

Y, efectivamente, la vida de la bella joven parecía suspenso; ya no respiraba, estaba pálida y, por decirlo así, inanimada.

Su estado alarmó á Juan Robert.

— Pues bien, haré lo que quieras, dijo.

— ¿Harás lo que yo quiera?

— Si.

— ¿Lo juras?

— Por mi vida, dijo Juan Robert.

— ¡Oh! más me gustaría que jurases por la mía, dijo Mad. de Marande, al menos tendría la esperanza de morir si faltases á tu palabra.

Y al explicarse así, la joven le echó los brazos alrededor del cuello, le estrechó hasta ahogarlo, le besó violentamente, y, durante un momento, sus dos corazones se cernían en tan agradables regiones que olvidaron la horrible escena que acababa de pasar.

CAPÍTULO XIII.

EN DONDE EL AUTOR PRESENTA Á MR. DE MARANDE COMO UN MODELO, SI NO FÍSICO, AL MENOS MORAL, DE TODOS LOS MARIDOS PASADOS, PRESENTES Y FUTUROS.

En seguida que se marchó Juan Robert, Mad. de Marande bajó precipitadamente á su verdadero dormitorio, en donde Natalia esperaba para ayudarla á acostarse.

Pero al pasar delante de la doncella le dijo:

— No necesito vuestros servicios.

— ¿Acaso habré tenido la desgracia de causar algún disgusto á la señora? preguntó descaradamente la doncella.

— ¡Cómo, vos! repuso desdenosamente Mad. de Marande.

— Es que la señora, continuó Natalia, siempre tan buena conmigo, me habla en este momento con tanta severidad, que me es permitido creer....

— ¡Basta! le interrumpió Mad. de Marande; ¡marchaos, y no os presentéis jamás á mi vista! Aquí tenéis veinticinco luisas, añadió sacando de una almohadilla un paquete de oro; mañana por la mañana partiréis del hotel.

— Pero, señora, repuso la doncella alzando la voz, cuando se despide á las personas, se les da al menos alguna razón.

— No es de mi gusto el daros satisfacciones. Tomad el dinero y retiraos.

— Está bien, señora, dijo la camarista tomando el rollo de oro y mirando á Mad. de Marande con ojos rencorosos;

será pues á Mr. de Marande á quien tendré el honor de dirigirme.

— Mr. de Marande, dijo severamente la joven, os repetirá lo que os acabo de decir. Entretanto retiraos.

El tono con que Mad. de Marande pronunció estas palabras, el ademán con que las acompañó, no admitían réplica; salió pues la doncella cerrando la puerta tras sí.

Una vez sola, Mad. de Marande se desnudó y se acostó en seguida, presa de mil emociones que es tan fácil de comprender como difícil de describir.

Apenas hacía cinco minutos que se había acostado, cuando oyó llamar suavemente á su puerta.

Se estremeció involuntariamente. Por un movimiento instintivo, colocó sobre la bujía el apagador de plata sobredorada y el delicioso aposento que ya hemos descrito, se halló solamente alumbrado por el resplandor de la lámpara de cristal de Bohemia que ardía en el pequeño invernadero.

¿Quién podría llamar á semejante hora?

Indudablemente no era la doncella; no habría tenido tal atrevimiento.

Tampoco sería Juan Robert: nunca entraba, al menos nocturnamente, en este aposento que formaba parte, en cierto modo, de las habitaciones de la comunidad conyugal.

No era posible que fuese Mr. de Marande: respecto á esto era tan discreto como Juan Robert, y no había entrado nunca, en este aposento después de las diez de la noche desde la noche en que había venido á dar á su mujer el consejo de que desconfiase de monseñor Coletti y de Mr. de Valgeneuse.

¿Sería pues, Mr. de Valgeneuse?

Á esta sola idea, la joven tembló de pies á cabeza, y no tuvo fuerzas para responder.

Felizmente la voz del que llamaba no tardó en dejarse oír.

— Soy yo, dijo esta voz.

Mad. de Marande reconoció á su marido.

— Entrad, contestó, enteramente tranquila y casi alegremente.

Mr. de Marande entró con una bujía apagada en la mano; y se dirigió rectamente á la cama de su mujer.

Luego, tomándole y besándole la mano, le dijo:

— Dispensadme que me presente á esta hora en vuestro cuarto; pero he sabido al mismo tiempo que vuestra llegada la pérdida dolorosa que acabáis de experimentar con la muerte de vuestra tía, y vengo á daros el pésame.

— Os lo agradezco, señor, dijo la joven algo sorprendida con esta visita nocturna, y tratando de adivinar cuál sería el objeto de esta visita. Pero, continuó diciendo con cierta perplejidad que no podía hacer cesar completamente la indulgencia habitual de su marido; ¿sólo es para darme el pésame por lo que os habéis molestado en venir á verme, y no tenéis nada más que decirme?

— Al contrario, querida Lidia, aun tengo que deciros muchas cosas.

Mad. de Marande miró á su marido con cierta inquietud, que no dejó de notar el banquero, quien trató de animar á su mujer primero con una sonrisa, y después diciéndole.

— Primeramente tengo que pedir os luz.

— ¿Cómo luz? contestó la joven admirada.

— Naturalmente; ¿no veis que mi bujía está apagada?

— ¿Qué necesidad tenéis de que esté encendida, señor?

¿ La luz de mi lámpara no os basta para hablarme ?

— Ciertamente ; pero, antes de hablar, tengo que hacer una investigación bastante importante.

— ¿ Una investigación bastante importante ? repitió Mad. de Marande por vía de interrogación.

— Tal vez habréis oído decir, mi querida Lidia, allí donde habéis estado, ó al entrar en el hotel, que he sido nombrado ministro de hacienda.

— Sí, señor, y os felicito sinceramente.

— Pues bien, sinceramente, querida amiga, no hay de qué ; pero no es de ningún modo para daros esta noticia por lo que vengo á molestaros á esta hora. Soy pues, ministro de hacienda. Ahora bien, un ministro sin cartera es casi igual á un ministro de haciendas. Pues bien, querida amiga, he perdido mi cartera.

— No comprendo, dijo Mad. de Marande, quien, efectivamente no comprendía la intención de su marido.

— Sin embargo, es muy sencillo, replicó Mr. de Marande. He subido hasta aquí con la intención de hablaros algunos instantes, como he tenido el honor de deciroslo ; he subido tranquilamente con la bujía en la mano y la cartera debajo del brazo, cuando un hombre que bajaba precipitadamente vuestra escalera, ha tropezado conmigo violentamente ; de tal modo, que del golpe se cayó mi cartera y se apagó mi bujía. Os pido pues, permiso para volver á encender la bujía y ir á buscar la cartera.

— ¿ Pero quién era ese hombre ? preguntó con cierta incertidumbre Mad. de Marande.

— No lo sé. No obstante le iba á jugar una mala pasada, pues se me figuró que era un ladrón que quería robar mi caja. Pero cambié de idea figurándome que quizás sería á vos á quien se intentaba de hacer algún daño, y he venido

á consultaros para ponernos de acuerdo sobre el partido que debemos tomar.

— ¿ Y habéis reconocido á ese hombre ? preguntó titubeando Mad. de Marande.

— Sí, según me parece.

— Y... y... ¿ puedo preguntaros ?...

La voz expiró en los labios de la joven. Temblaba á la sola idea de que fuese Juan Robert la persona que había tropezado con su marido.

— No hay duda que podéis preguntarme quién era, replicó Mr. de Marande ; pues me parece que es eso lo que me queréis decir. Era pura y simplemente Mr. de Valgeneuse.

— ¿ Mr. de Valgeneuse ! repitió la joven.

— El mismo, dijo Mr. de Marande. ¿ Y ahora, querida Lidia, queréis permitirme que encienda mi bujía ?

Y Mr. de Marande encendió efectivamente la bujía en la lamparita del invernadero ; luego levantó la cortina y desapareció diciendo :

— Hasta luego, señora, vuelvo.

— Vuelvo..., repitió maquinalmente Mad. de Marande.

— Con efecto, ¿ que ocurriría ? ¿ cuál sería el tema de la conversación que Mr. de Marande deseaba tener con su mujer ? Es verdad que el semblante del banquero no era amenazador ; pero ¿ quién puede fiarse del semblante de un banquero ?

¿ De qué iba pues, á tratar ? Sin duda el incidente de Mr. de Valgeneuse podía causar una turbación profunda en el corazón de Mr. de Marande. Él concedía completa libertad con la condición de evitar el menor escándalo.

¿ Pero la causa de este escándalo era la pobre joven ? Y, si no era ella la causa, un hombre tan equitativo, digamos

más, tan indulgente como Mr. de Marande, ¿podría hacerla responsable?

Sin embargo, á pesar de estas reflexiones que la confortaban, á pesar de los antecedentes que casi le permitían no tener nada que temer, Mad. de Marande sintió helársele la sangre en el cuerpo y al oír á su marido decir por segunda vez: « ¡ Soy yo ! » respondió también ella por segunda vez con voz casi ahogada:

— ¡ Entrad !

Mr. de Marande entró, colocó la bujía y la cartera sobre una consola, y, tomando una silla, se sentó cerca de la cama de su mujer.

— Dispensadme las molestias que os ocasiono, mi querida Lidia, le dijo con la mayor dulzura; pero el rey me espera mañana á las nueve de la mañana y quizás me sea imposible hallar un solo minuto en todo el día para hablaros tranquilamente.

— Estoy á vuestras órdenes, señor, dijo en el mismo tono Mad. de Marande.

— ¡ Ah ! ¡ á mis órdenes ! murmuró con ademán incómodo el banquero, cogiendo por segunda vez la mano de su mujer y besándola con no menos respeto que la primera; ¡ á mis órdenes ! ¡ qué expresión tan fea ! á mis ruegos, á lo más. Si alguien tiene derecho aquí para dar órdenes, querida amiga, sois vos y no yo. Os suplico que no lo olvidéis.

— Me avergüenzo de vuestras bondades, señor, tartamudeó la joven.

— Verdaderamente me anonadáis: lo que llamáis mis bondades no es más que justicia, os lo aseguro; pero no abusaré de vuestros instantes. Abordo pues, el asunto principal de la conferencia que vamos á tener. Solamente, per-

mitidme que os haga una pregunta que creo ya habéroslo hecho. ¿ Amáis á Mr. de Valgeneuse ?

— Efectivamente, señor, ya me habéis hecho la misma pregunta y os he respondido que no. ¿ Por qué insistís ?

— Porque pronto hará seis meses que os lo he preguntado, y seis meses suelen producir grandes cambios en las ideas de una mujer.

— Pues bien, no lo amo hoy como no lo amaba entonces.

— ¿ No tenéis el menor afecto por él ?

— No, repitió Mad. de Marande.

— ¿ Estáis seguro de ello ?

— Os lo aseguro, os lo juro. Y, por el contrario, siento más bien una especie de...

— ¿ De odio ?

— Más aún... de desprecio.

— Es singular que ambos amemos y odiamos las mismas cosas, y, aun diré más, ¡ los mismos hombres, querida Lidia ! Luego ya estamos los dos de acuerdo sobre este primer punto: no tardaremos mucho, seguramente, en estarlo sobre los demás. Pues bien, puesto que odiamos y despreciamos á Mr. de Valgeneuse, ¿ en qué consiste que le encontramos en vuestra escalera en hora tan avanzada de la noche ? Cuando digo *nosotros*, supongo que lo habéis podido encontrar lo mismo que yo; pues no es por vuestra voluntad ni por vuestra invitación que se halla en el hotel, ¿ no es verdad ?

— No, señor, de eso os respondo.

— Por consiguiente, como no soy yo quien lo ha autorizado para que venga, continuó el banquero, ¿ queréis ayudarme á descubrir por qué causa ó bajo qué pretexto se halla aquí, sin invitación, contra nuestra voluntad, y á esta hora ?

— Señor, dijo la joven toda turbada, sea cual fuere la extensión de vuestra bondad, experimento gran sentimiento y vergüenza en responderos.

— No habléis de bondad, querida Lidia, y podéis estar segura de que la pregunta que os dirijo tiene más bien por objeto consolaros que disgustaros. Sé muchas cosas que finjo no saber; conozco gran número de vuestros íntimos secretos que finjo ignorar; si el disgusto que experimentáis en responderme tiene por origen algunos de estos secretos, permitidme que os ayude; apoyaos en mí, el camino os parecerá más fácil.

— ¡Oh, señor! exclamó la joven, sois sublime de indulgencia.

— No, Lidia, repuso Mr. de Marande con dulce y triste sonrisa; sólo he practicado el precepto del sabio: « Conócete á ti mismo; » y esto me ha hecho, no indulgente, sino filósofo.

— Pues bien, señor, replicó Mad. de Marande envalentonada con la mansedumbre paternal de su marido, hace medja hora no estaba yo sola.

— Lo sé, Lidia. Llegáis de vuestro viaje: Mr. Juan Robert que no os habia visto desde hacia más de una semana, ha venido á visitaros. Estabais pues, con Mr. Juan Robert; ¿ es esto lo que queriais decir, no es verdad?

— Sí, respondió la joven poniéndose ligeramente colorada.

— Lo encuentro muy natural. ¿ Y después?.....

— Y después, continuó Mad. de Marande, oímos de pronto detrás de nosotros crujir el suelo; nos volvimos y vimos moverse la cortina.....

— Entonces, preguntó Mr. de Marande. ¿ habia un tercero en vuestro aposento?

— Sí, señor, contestó la joven, estaba Mr. de Valgeneuse.

— ¡ Puf! hizo el banquero con supremo disgusto; ¡ eso señor os espiaba!

Madame de Marande bajó la cabeza sin responder. Hubo un momento de silencio.

El banquero fué quien lo interrumpió.

— ¿ Y qué ha hecho Mr. Juan Robert al ver á ese miserable?

— Saltó sobre él, dijo vivamente Mad. de Marande. Después, viendo sombrío el semblante de su marido, añadió:

— Y, como vos mismo acabáis de llamarle, le llamé miserable.

— Hé ahí una escena bien desagradable, dijo el banquero.

— ¡ Oh! sí, señor, exclamó la joven no comprendiendo el pensamiento de su marido, verdaderamente desagradable, en efecto, puesto que podía tener por resultado un escándalo, del cual, en suma, yo era la causa primera y que podía caer sobre vos.

— ¿ Quién os habla de eso, querida Lidia? repuso cariñosamente Mr. de Marande. Si he dicho: « Hé ahí una escena bien desagradable, » podéis estar segura que no pienso en mí absolutamente.

— ¡ Cómo, señor! exclamó Mad. de Marande, ¿ en mí solamente pensáis en este momento?

— Pues, naturalmente, querida amiga; os veo entre dos hombres, uno que os ama, y el otro que despreciamos. Veo á esos dos hombres, por decirlo así, batirse en vuestra casa, en vuestra presencia, y me digo: « ¡ Ved ahí una mujer que es verdaderamente digna de compasión, que

presencia una escena de tal especie! » pues supongo que, á pesar del respeto que Mr. Juan Robert debe teneros, — ¡qué queréis! los hombres son siempre hombres, — debe haber habido provocación, cambio de tarjetas.

— ¡Ay! sí, señor; creo que primero hubo algo parecido á eso.

— ¿Primero? ¿Pues qué hubo después?

— Mr. de Valgeneuse abandonó el lugar que ocupaba y se escapó por mi gabinete de tocador.

— Ahora me explico por qué encontré á Mr. de Valgeneuse, pues vuestro gabinete de tocador da sobre mi escalera. — Pero permitidme que os diga que debe estar de acuerdo con alguien de la casa, primero porque ha entrado sin vuestro permiso, y después porque ha salido sin el mío. En otros términos, cuando se apagó mi bujía, desapareció; de tal modo que no pude echarle mano. — Ese tunante conoce la casa mejor que yo.

— Natalia, mi doncella, es la que lo ha introducido aquí.

— ¿Y quién os proporcionó esa criatura, querida amiga?

— La señorita Susana de Valgeneuse.

— Esa es otra que concluirá mal, murmuró el banquero arrugando el entrecejo; así lo temo, ó más bien lo espero. — Pero ¿cuál será el resultado de esa aventura, según vuestra opinión? Mr. Juan Robert va á batirse irremediabilmente con Mr. de Valgeneuse.

— ¡Oh, no, señor! contestó la joven.

— ¿Cómo no? replicó Mr. de Marande con acento dudoso; confesáis que ha habido provocación, cambio de tarjetas; ¿decís que no se batirán?

— No; porque Juan Robert me ha prometido que no se batiría. Me lo ha jurado.

— Es imposible, querida Lidia.

— Os repito que me lo ha jurado.

— Y yo os repito que es imposible.

— Pero, señor, insistió Mad. de Marande, me lo ha jurado, y vos mismo me habéis dicho cien veces que Mr. Juan Robert era un hombre de honor.

— Y os lo diré, querida amiga, hasta que tenga la prueba de lo contrario. Pero hay juramentos á los que falta un hombre de honor, precisamente porque es un hombre de honor; y el juramento de no batirse, en la circunstancia en que se encuentra Mr. Juan Robert, es uno de esos.

— ¿Cómo, señor, vos creéis?...

— Creo que Mr. Juan Robert se batirá. No solamente lo creo, sino que lo afirmo.

Involuntariamente Mad. de Marande inclinó la cabeza sobre el pecho.

Permaneció en la actitud del más profundo desaliento. — ¡Pobre mujer! pensó Mr. de Marande, ¡tiene miedo de que maten al hombre que ama! — Querida amiga, dijo tomando la mano de su mujer, ¿queréis escucharme tranquilamente, es decir sin turbación, sin inquietud, sin temor? Mi visita, os lo juro, no tiene otro objeto sino consolaros.

— Os escucho, dijo Mad. de Marande lanzando un suspiro.

— Pues bien, continuó Mr. de Marande, ¿qué opinión tendríais de Mr. Juan Robert. — notad que os hablo como un padre ó como un sacerdote, y que os suplico examinéis vuestra conciencia, — que opinión tendríais vos misma de Mr. Juan Robert si él no os protegiese contra un hombre que tan groseramente os ha ultrajado y que puede, de un día á otro, renovar su injuria?

— No me interroguéis, señor, exclamó la pobre mujer;

me hallo turbada, y cuando examinó mi conciencia, no veo en ella más claro que en mi razón.

— Os repito por la tercera vez, Lidia, que sólo he venido aquí para consolaros. Admitid conmigo que Mr. Juan Robert se batirá, lo que es en conciencia la menor prueba de afecto que pueda daros, y, en cambio, yo os juraré, yo, oís bien, que no se batirá.

— ¿ Vos, vos me haréis ese juramento? exclamó Mad. de Marande mirando fijamente á su marido.

— Yo, dijo el banquero; y en mis juramentos podéis creer, Lidia; pues, desgraciadamente, añadió con melancolla, mis juramentos, los míos, oís, no son juramentos de enamorados.

El rostro de Mad. de Marande resplandeció de alegría; el banquero pareció no darse cuenta de esta alegría egoísta.

Después continuó diciendo:

¿ Qué diría la sociedad, os pregunto querida Lidia, cuando supiera la noticia de un duelo entre Mr. Juan Robert y Mr. de Valgeneuse? ¿ á qué motivo lo atribuirían? Empezarían desde luego por hacer las más aventuradas suposiciones hasta el momento en que descubrieran la verdad; pues entre un poeta y un fatuo, no puede existir ninguna rivalidad de inteligencia. Por consiguiente yo me encontraría mezclado en esa aventura; y no es ese vuestro gusto ni el mío, ¿ no es verdad? y yo estoy persuadido que tampoco es el de Mr. Juan Robert. Permaneced por lo tanto tranquila, querida amiga, tened confianza en mí, y perdonadme el haberos molestado involuntariamente á esta hora de la noche.

— Pero ¿ qué sucederá pues?... preguntó Mad. de Marande cuyo rostro tomó profunda expresión de terror; pues empezaba á vislumbrar vagamente que su marido iba

á ocupar el lugar de su amante en todo este asunto.

— No ocurrirá nada que no sea muy sencillo, querida Lidia, repuso el banquero, y yo me encargo de arreglar las cosas del mejor modo posible.

— ¡ Señor! ¡ señor! exclamó Mad. de Marande sacando de la cama la mitad del cuerpo, de modo que su cuello blanco y sus opulentas espaldas se presentaron al banquero como maravilloso tesoro; señor, ¿ os vais á batir por mí? Mr. de Marande tembló de admiración.

— Querida amiga, dijo, os juro que haré cuanto esté en mi mano por conservaros el mayor tiempo posible á mi respetuosa ternura.

Levantándose en seguida y besándole por tercera vez la mano, le dijo:

— Dormid en paz.

Mad. de Marande le cogió á su vez las dos manos para besárselas, y, con encantadora voz le dijo:

— ¡ Oh, señor, señor! ¿ por qué no me habéis amado?

— ¡ Silencio! dijo Mr. de Marande colocando un dedo en su boca, ¡ silencio! en casa del ahorcado no se nombra la sogá.

Y, volviendo á coger la bujía y la cartera, se retiró Mr. de Marande con la misma discreción con que había venido.

FIN DEL LIBRO NOVENO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

ÍNDICE.

Pág.

CONTINUACIÓN DEL LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

CAP. VIII. — En que la señorita Fifine hace sin quererlo un gran servicio á Salvador	5
CAP. XI. — Donde se demuestra que no es peligroso recibir, pero que si lo es dar recibos.	14
CAP. X. — La comida en el prado	55
CAP. XI. — Oda á la amistad.	57
CAP. XII. — Lo que Mr. Gerard encontró, ó mejor dicho, lo que dejó de encontrar cuando llegó á Vanves.	67
CAP. XIII. — En que Mr. Jackal busca un desenlace para la dramática vida de Mr. Gerard	79
CAP. XIV. — Continuación del anterior.	87
CAP. XV. — Impresiones de viaje de Mr. Jackal	99
CAP. XVI. — De cómo Mr. Jackal sube y baja según lo habla previsto	106

LIBRO VIGÉSIMOSEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO. — De cómo ya Mr. Jackal sabe en fin á qué atenerse, y reconoce que los bosques virgenes de América son menos peligrosos que los bosques virgenes de París	118
CAP. II. — En que se someten á la aprobación de Mr. Jackal diferentes medios para salvar á Mr. Sarranti	153

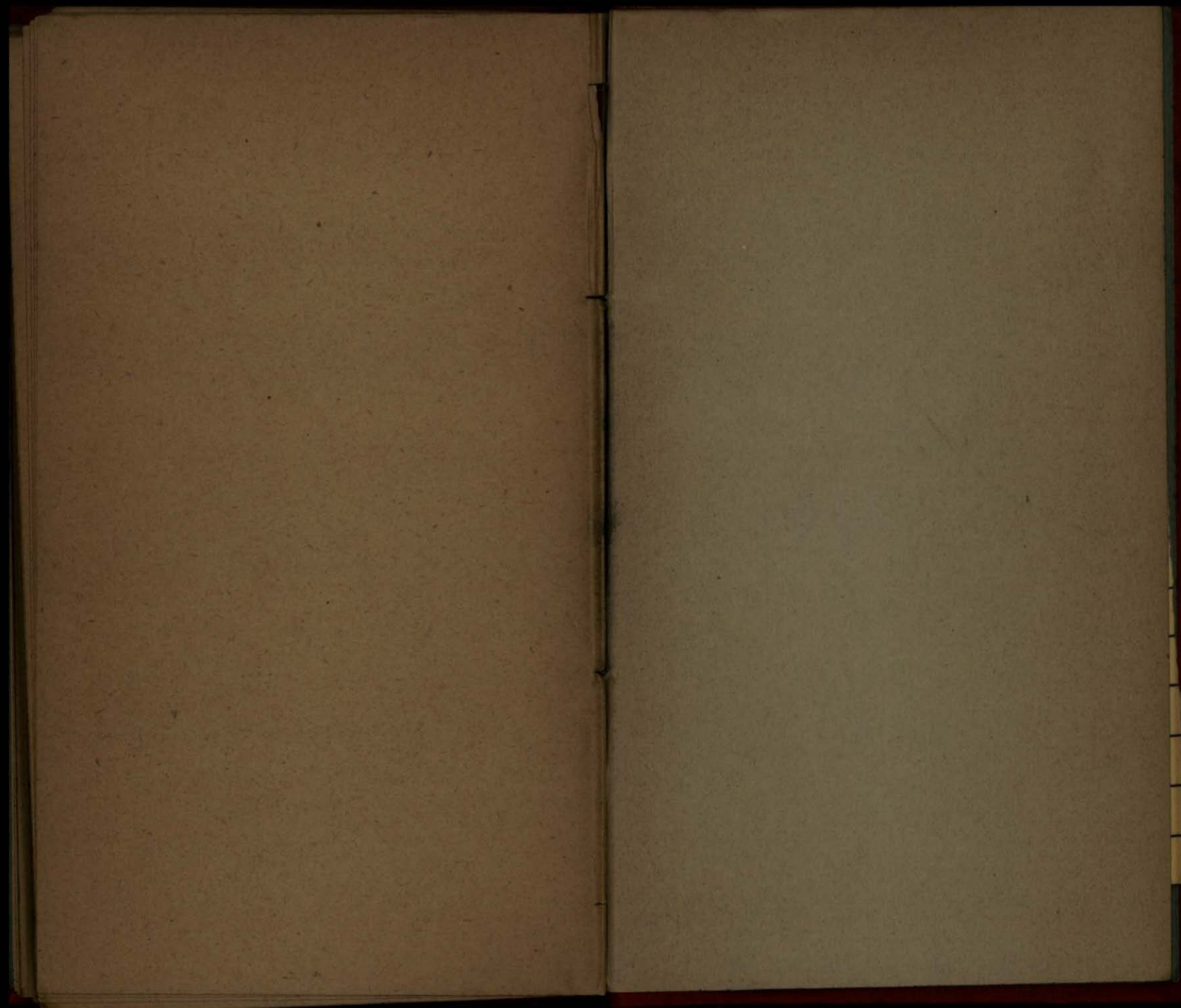
LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. — De cómo se encontró el medio.	142
CAP. II. — De lo que había pasado mientras Mr. Jackal ha- cía detener á Mr. Salvador, y Salvador hacia detener á Mr. Jackal	156
CAP. III. — En dónde el rey no se divierte	166
CAP. IV. — En el que se explica por qué Mr. Sarranti no estaba en la capilla de los condenados á muerte.	178

LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Historia de un momento de discusión política.	188
CAP. II. — Revista de electores	198
CAP. III. — Trio de máscaras.	208
CAP. IV. — Donde se dice francamente la causa del desor- den de la señora de la Tournelle.	220
CAP. V. — Donde se demuestra que dos augures no pueden mirarse sin reír.	251
CAP. VI. — De la sencillez y de la frugalidad de Mr. Rappt.	244
CAP. VII. — Donde Mr. Jackal procura desquitarse del ser- vicio que le hizo Salvador	284
CAP. VIII. — Audante de la revolución de 1850	263
CAP. IX. — Donde el motín sigue su curso	276
CAP. X. — El motín prosigue	289
CAP. XI. — En el que se encuentra al padre esperando encon- trar á la hija.	306
CAP. XII. — Donde se prueba que el oído no es el sentido que menos vale	318
CAP. XIII. — En donde el autor presenta á Mr. de Marande como un modelo, si no físico, al menos moral, de todos los maridos pasados, presentes y futuros.	331

FIN DEL INDICE.





D